

# Revisitando la historia desde *Invasores del Paraíso* la novela de Herminio Martínez

## ANA MARÍA DEL GESSO CABRERA

Este trabajo se desarrolló bajo la tutela teórica de las obras de autores como Noé Jitrik, Seymour Menton, Jorge Lozano y María Cristina Pons. No dejando de lado el bagaje aportado por las posiciones de los narrativistas como Danto, Hyden White, Michel de Certeau, además de Paul Ricoeur y Gérard Genette que han opinado abundantemente sobre este aspecto. Algunos de ellos tocan esta discusión teórica de hoy, acerca del discurso de la historia, como la nueva concepción de la historia, la nueva manera de escribirla, y por tanto, de “hacer” Historia. Otros, el tratamiento que a personajes y hechos históricos de la literatura en las neo-novelas históricas que han incursionado en el panorama literario en las últimas décadas. El debate, de gran actualidad insisto, es planteado desde sus aproximaciones y distanciamientos. Se trata de abordarlos como narraciones con intenciones diferentes, con recursos variados, con “licencias” especiales y, por tanto, con resultados dispares. Son discursos que llegan a enfrentarse y al mismo tiempo, la frontera que los separa, en algunos casos, se hace imperceptible. Los recursos de uno y otro son analizados en este “corpus”, de la novela de Herminio Martínez *Invasores del Paraíso*, colocando el énfasis en que lo novelístico se presenta como una alternancia, como una trasgresión frente a lo autorizado y sabido.

\*\*\*

Los ideales liberal-burgueses en la era decimonónica son incorporados a la producción literaria que señala la aguda crisis social e individual que provoca la ruptura de un orden establecido para implantar otro. Enmarcada en los ideales del romanticismo europeo surge la novela histórica latinoamericana con sus características propias: “(el) deseo de reconocerse en un proceso cuya racionalidad no es clara (y la búsqueda de) definición de una identidad que, a causa de ciertos acontecimientos políticos, estaba fuertemente cuestionada”. (Jitrik:17). Narraciones que expresan con toda claridad estas dos tendencias tanto en lo individual como en lo colectivo y que son la muestra cabal de la situación caótica de los países en formación tanto en lo político como en lo social: las guerras civiles, el caudillismo y las tiranías. El discurso de la novela histórica se construye sobre un “saber” preexistente, sobre un pasado, al que se regresa, no tanto para apaciguar la angustia de lo actual, sino para buscar en los tiempos pretéritos las respuestas que esclarezcan el presente. Hay, entonces, un retorno al pasado precolombino que nos devolverá las raíces, la identidad como pueblo y como individuos. Se idealiza ese tiempo que se rescata del olvido impuesto por la Colonia, se mitifica, se presente más que se conoce. Por otra parte, el tema histórico tratado es cercano al tiempo del narrador. Es un discurso que no representa pasivamente sino que pre-

tende dirigir esa representación hacia alguna parte, es decir, conlleva una intención. Los hechos que se cuentan tocan de cerca la situación social y personal del autor porque aparecen encarnando un horizonte histórico muy importante para los ideales políticos de ese momento. Es el caso de novelas como las de José Mármol en Argentina e Ignacio Manuel Altamirano en México. El tema del “nacionalismo” es fuerte y está alimentado, con todo cuidado, por la ideología liberal de la época que busca concientizar (o concienciar). Muchas novelas históricas fueron el vehículo utilizado para consolidar el poder en tanto legitimación o para llenar los “huecos de la historia” con apreciaciones personales del autor o interpretaciones de “fuentes” o documentos impregnadas de subjetivismo y, por lo tanto, de parcialidad. En cuanto a los personajes, lejos de ser el común social, son sujetos históricos principales que reflejan el peso que estos referentes protagónicos tenían en el tiempo de lo referido. Predomina el héroe individual, “él es el sujeto y objeto de la intriga. Sufre la intriga pero es capaz de vencerla o desnudarla: en ese sentido, el héroe ficcional es prácticamente indestructible” (op.cit.:64).

Representaban a alguien destacado por la Historia, eran auténticos modelos a imitar y ejemplos a seguir. Generalmente personajes planos, almidonados y movidos por una mano invisible: la Providencia, el Hado, el Destino. Por último, la narración, hecha generalmente en tercera persona, toma de lo histórico grandes escenas, lo colectivo o lo íntimo en relación con lo contextual. En el siglo xx se rompe este modelo pero no desaparece el gusto por el tema ni, por supuesto, el género. Surge una nueva-narrativa latinoamericana que alcanzará dimensiones de auténtica innovación y calidad. Muchos de sus prestigiosos representantes dan muestras de una gran variedad de posiciones y marcan un hito frente a la novela tradicional. Aparecen obras suficientes en cantidad y calidad para deducir que la renovación es un hecho. Con los relatos fantásticos de Borges, con la superación de la crónica revolucionaria de Agustín Yáñez, con el descubrimiento de la realidad maravillosa o mítica de América por Alejo Carpentier, Miguel Ángel Asturias y Gabriel García Márquez, con los análisis de la condición humana de Onetti, José Revueltas o Ernesto Sábato nacieron la mayor parte de



Alfredo Zalce

los temas que habrían de identificar nuestra literatura. Entre esos variadísimos temas podemos encontrar los heredados del siglo anterior y que, explícita o implícitamente, aparecen en casi todas las narraciones: la presencia de personajes fuertes detentadores del Poder y de los destinos de pueblos enteros y la Historia, una de las tantas caras o representaciones del Poder. Líneas temáticas recurrentes en la literatura pero ahora tratadas de diferente manera; como una combinatoria entre apertura y tradición. En la actualidad las nuevas novelas “históricas” son narraciones que rompen con el molde del género y se presentan con novedosos ropajes que combinan saberes, perspectivas y discursos. Es la representación de lo que el mundo es: un tejido de diverso colorido e imágenes; un entramado de sentidos y sin sentidos donde tienen cabida y se entremezclan de manera fascinante y perturbadora textos, signos símbolos de otras disciplinas o ciencias. Algunas particularidades que identifican este nuevo género, además de las ya mencionadas, son aportadas por Seymour Menton: el fin de las certidumbres: nada es predecible; todo puede ocurrir. Existe una firme imposibilidad de conocer la realidad o la “verdad” histórica.

- la distorsión consciente de la Historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos.
- el rescate de personajes históricos de gran envergadura para moldearlos nuevamente con desenfado y, a veces, con irreverencia.
- la metaficción o comentarios del narrador sobre el proceso de creación.
- la intertextualidad, el palimpsesto, la re-escritura de otro texto.
- lo paródico, lo irónico, lo carnavalesco y el uso consciente de distintos niveles o tipos de lenguaje.

Lo que se pone de manifiesto en esta producción es la cercanía, cada vez más marcada, de los discursos de ficción con discursos que eran considerados no

ficcionales, como por ejemplo, las biografías y la historiografía. Para confirmar esto sólo nos bastará acercarnos a los trabajos de Hayden White, Paul Ricoeur, Jorge Lozano y Michel de Certeau quienes cuestionan importantes aspectos del discurso histórico, del papel del narrador y del quehacer del historiador ante la narración histórica, es decir, ante la escritura de la Historia. Las fronteras se desdibujan cada vez más entre los discursos, como se desdibuja en la sociedad todo orden de cosas que establezca diferenciaciones entre conductas y entre valores; todo es difuso, incierto y relativo. Ahora el discurso de la novela histórica es mirado como un discurso permeado de sentidos, en él podemos ver un universo creado con retazos del mundo “real” que no tiene por qué ser menos creíble que el discurso construido por los historiadores que es también una “construcción” humana. Aquí nos enfrentamos al problema de la legitimación y verdad del discurso de la Historia en contraposición al discurso literario en donde lo ficcional puede ser más o menos verosímil pero no puede legitimar, porque carece de estatuto para ello. El primero de los discursos cuenta con el pacto de un hacer-parecer verdadero, es decir, mediante la estrategia de credibilidad, se construye un simulacro de verdad y se utiliza la manipulación discursiva como eje fundamental, basándose en la premisa de que la verdad no es más que un efecto de sentido (Greimás:110). En el segundo, en el discurso de ficción, en el mejor de los casos, se apunta a la verosimilitud como la adecuación al referente.

• • •

La novela corta *Invasores del Paraíso*, publicada por Ediciones Castillo, México, en el año 1998, fue escrita por el guanajuatense Herminio Martínez. El tema que desenvuelve tiene que ver con esa deuda, aún no saldada totalmente, del europeo llegado a estas tierras al habitante de ellas. A lo largo de veintiséis breves capítulos se desenvuelve la historia que recrea lo que la

Historia oficializada dijo acerca de lo acontecido. Es una mirada desde esta orilla, es una revisión a lo ya contado, a lo ya sabido, a lo introyectado en el pensamiento mexicano y latinoamericano. Es una reelaboración que hecha por tierra la historia de los vencedores para contarla desde la perspectiva de lo humano, de lo común, de simplemente hombres de carne hueso. La narración, en primera persona, está hecha por un sobrino del adelantado Francisco de Montejo quien vendría a estas tierras con el encargo de conquistar y colonizar Yucatán. La novela inicia en Sevilla antes de zarpar hacia territorios ignotos del llamado Nuevo Mundo y a partir de este momento, el relato como una cadena de analepsis y prolepsis trenza hechos, recuerdos, críticas, comentarios y juicios acerca de las incursiones de los invasores en el paraíso –este mundo– cruelmente agredido en reiteradas ocasiones. El narrador intradiegetico, el joven que se llama también Francisco, junto a su primo Paco, hijo a su vez del Adelantado forman el grupo familiar peninsular que encabeza esta expedición. Cada uno de ellos encarna, a su vez, el lado bueno y el lado oscuro del expedicionario. Son las voces de su conciencia: apoyando o rechazando sus decisiones y actitudes. El contexto temporal y espacial está asegurado, entre otras marcas, por la mención de la lectura, durante la travesía, de “La Celestina” obra en boga en la época y que es comentada por el narrador; además de ser su refugio y su escuela para la nueva vida. Otras señales claras son los nombres de participantes en excursiones anteriores a ésta y las fechas de los movimientos. En el viaje por mar suceden acontecimientos que permiten dibujar la reciedumbre y falta de piedad del Adelantado quien ante los problemas no duda en aplicar con fuerza desmedida e insólita fiereza su “ley” y su “justicia” a su propia gente. Esto es como un presagio de lo que realizará a los enemigos. Llegados a Cozumel y avanzando hacia Chetumal se produce el primer impacto, el choque entre el mundo imaginado y el real, el que ven, sienten y sufren y el que las leyendas, allá en España, tejen sobre esta orilla: “Nos hemos que-

dado anonadados, boquiabiertos, frente a la consistencia de sus muros y las efigies que ellos veneran” (p. 23) dice el narrador ante la grandeza de los templos, la abundancia de la vegetación y los “pozos de agua” sembrados en el paisaje. El otro brazo del poder, la Iglesia y sus representantes, desde el principio, queda perfectamente perfilado: será el apoyo incondicional a la fuerza militar. La presencia del médico y su equipo dan un sesgo de cientificidad a esta “aventura” que cobró vidas, ilusiones, desencantos y todo tipo de experiencias a los integrantes de esta avanzada. El territorio deberá ser conquistado por cualquier medio y bajo cualquier pretexto; esa es la orden. Se suceden excursiones de reconocimiento de la zona, enfrentamientos desalmados, se toman prisioneros y son, a la vez, esclavizados, sacrificados; dolor y muertes por doquier. Escenas descritas por el ojo del narrador, con tristeza, asco y terror sobre los sacrificios y ceremonias religiosas al dios Kukulcán. Este “gris panorama de zozobras” es aderezado por luchas permanentes, por enfrentamientos cotidianos con los “infeles” habitantes de estos territorios. No faltan las menciones al Apóstol Santiago, a la Biblia y a Dios como protector de esta campaña que fortalece los ánimos y da mucho fe para seguir adelante, a pesar de los fracasos bélicos. Las notas de humor con las que salpica el texto el narrador (y que serían inconcebibles en un discurso historiográfico) ofrecen una ruptura de la coherencia que permite un “reposo” en este agitado asunto de las conquistas y del sometimiento a los “idólatras”. Esto, evidentemente, es una muestra de la libre combinatoria posible en el texto literario que, al mismo tiempo, es paródico y lúdico. El clima y el paisaje son elementos de gran extrañeza para el “invasor”; son, a la vez, de gran peso en el relato: “el sol arreciaba su trabajo de lumbre sobre la naturaleza que acá es copiosísima en plantas y recovecos donde la maravilla y el asombro a cada paso nos aguardan” (p.40) La lluvia, típica de la zona, es tema recurrente en el texto. Siguen adentrándose en el territorio: Chichén Itzá ofrece el encuentro

con aliados (los cheles) que brindan alimento, protección, vivienda y mujeres a los recién llegados. Quien narra se detiene frecuentemente en describir escenas de franco corte erótico: por ejemplo los encuentros con las indígenas y el énfasis que pone en la virilidad de los jóvenes Montejo. Los cenotes, propios de la región, dieron cobijo a muchas escenas de amor y sexo que abren paso al placer ante tanto dolor e incertidumbre. Las “operaciones de los bizcos” son un ejemplo claro de comicidad matizada de sarcasmo; además de ser un ejemplo de los distintos sentidos que lo mismo tiene en las dos culturas diferentes. El desfile de personajes que “aparecen” por esta orilla es incesante y las vueltas al pasado, a los recuerdos, se hacen cada vez más frecuentes. Es como si se narrara paralelamente lo que se vive, lo “real” y lo que se añora o lo que se piensa, lo idealizado. En definitiva, dos mundos enfrentados. En estas regiones se encuentra de todo, producto de la diversidad europea venida a los nuevos territorios: prostitutas como Daniela Sin Rumbo, blancos que se aquerencian en estas nuevas tierras como Gonzalo Guerrero, médicos honestos ayudados por un grupo fiel y grotescos de gays, cantineros deshonorados como Gregorio Álvarez, poetas como Gutierre de Cetina, damas de encumbradas familias y belleza sin par como Catalina de Montejo y sacerdotes desalmados como Fray Diego de Landa. Los recuerdos de la lejana Sevilla traen a la memoria las noches de éxtasis furtivos en el convento de las Angélicas donde los jóvenes fueron visitados clandestinamente por novicias que se regodeaban con ellos. Esto representa un momento de solaz en la angustiante vida de los europeos “condenados” a estar en este mundo. La campaña de conquista y colonización está fracasando, es necesario ir a la ciudad de México a pedir ayuda. El regreso a Veracruz, pasando por Puebla es aprovechado para describir paisajes, costumbres y personajes típicos de la época. En Puebla se queda el autor de “Ojos claros, serenos,/ ya que así me miráis, miradme al menos”, quien en una disputa amorosa pierde la vida en esta ciu-

dad. Los años pasan y el “paraíso invadido” se venga de mil maneras y esta excursión soberbia les pesa cada vez más. El poder y el encanto de la aventura se desdibujan. A partir del capítulo veinticuatro el declinar de la empresa se hace patente. Ya es mucho tiempo en este suelo: “es ya una inmensidad la de los años que hemos trascendido en estos gajes de andar arreando turbas y persiguiendo grupos insurrectos, en franca competencia ¡quién lo iba a decir! con los padres del hábito talar” (p.186). La complicidad de la Iglesia, una vez más, es denunciada: “-Mira, si Dios pasa por alto las brutalidades en que sus misioneros se recrean, no debe morderte a ti ningún remordimiento. Ninguna duda” (p. 187), comenta Francisco al narrador. Más adelante se agrega: “[...] volvimos a oír hablar mal de los padres que, [...] vinieron con intenciones de evangelizar, aunque lo hicieran a punta de trallazos [...] primero les lavan el cerebro después los bautizan a cachetadas [...] Diego de Landa es el peor de todos. Yo he visto cómo cuelga en racimos a las mujeres y sus crías. ¿Y todo para qué? Para hacerlos cristianos, o si no difuntos...” (187-188). La lejanía, la guerra, la desesperanza los ha vuelto transformado: “El tiempo nos ha endurecido, [...] Hay veces en que yo no siento alma en el cuerpo” (191). El hijo del Adelantado es nombrado intendente de Yucatán y allí es recibido con gran parafernalia. Ese mismo día, el narrador y el flamante funcionario son invitados a un acto de fe, ceremonia de reprimenda donde se queman indiscriminadamente objetos de adoración de los nativos formando así un “cúmulo de códices, estatuillas, láminas, rostros de madera y de mármol, alpargatas de plumas, círculos horrorosos y hasta un calendario para los números y las sílabas que en ese adoratorio habían pensado conservar los indígenas” (p.195) y donde se tortura a los sospechosos de realizar o presenciar ceremonias al dios de los pueblos de este nuevo mundo. “[...] ya han torturado a más de 20: a unos con reata a otros con objetos cortantes [...] la sierpe ya fue hecha pedazos por el hacha de leñador del hermano Galdino” porque “Sin

tormentos no se puede predicar la ley de Dios” (idem). Finalizando la novela, después de décadas en este suelo, las añoranzas invaden al narrador y de su propia voz conocemos el final de algunos personajes: “[...] mi primo contrajo nupcias con doña Andrea del Castillo, mujer doncella venida a México en busca de fortuna, con quien ha engendrado cuatro hijos,[...] a los que hace muchos, pero muchísimos ayeres que no veo, pues han mudado temporalmente su residencia a la ciudad de Guatemala [...] yo vivo aquí, en mi hacienda de los Coyoles, pudriéndome en la verdad de ser un sobreviviente más del olvido [...]. Supe, también, que la Sinventura murió ahogada durante una tormenta en la ciudad de Guatemala, viuda ya de un Pedro de Alvarado del que se ha dicho que todo lo miraba con la muerte [...] me roe el temor de que también a mí me abran un juicio de residencia, como a mi tío, quien tras ser despojado de sus propiedades tuvo que emigrar de esta provincia y morir amarrado a su propia impotencia allá en la ciudad de Salamanca, donde ahora reposa en un cementerio de tumbas crepusculares” (p.205). Ante su terrible soledad y el reconocimiento del dolor que la conquista de los blancos provocaron a la gente de este mundo descubierto, el narrador no soporta vivir acallando sus sentimientos, cuestiona lo hecho y se cuestiona a sí mismo: “ya no veo, no oigo, no distingo lo que hay a uno y a otro lado

de esa línea infinita que se hunde en llamas más allá de la noche en la que los hijos del Adelantado fuimos –aparte de guerreros del arco iris y conquistadores de Yucatán– los aventureros de la ira de Dios” (idem). El destino los alcanzó y la vida sentenció de diferentes maneras a los protagonistas de esta historia, recreada de la Historia y contada desde la micro-Historia, de lo que sucedía por aquellos tiempos en que el paraíso fue mancillado.

La revisita a la Historia oficial en la narrativa actual significa la presencia de una mirada diferente a lo ya dicho, que no por conocido es verdadero. Es la otra mirada, la del cuestionamiento. Estas neo-novelas históricas son discursos de ruptura de cánones que permiten, ante la caída de los mitos instituidos, crear otros de alternancia que rasgan violentamente el velo de lo autorizado y de lo presentado como verdad indiscutible. ■

• • •

#### BIBLIOGRAFÍA

- GREIMÁS, A., *Du Sens, Essais de sémiotique*, París, du Seuil, 1983.  
 JITRIK, Noé, *Historia e imaginación literaria*, Buenos Aires, Biblos, 1995.  
 LOZANO, Jorge, *El discurso histórico*, Madrid, Alianza, 1994.  
 MARTÍNEZ, Herminio, *Invasores del Paraíso*, México, Ediciones Castillo, 1998.  
 MENTON Seymour, *La nueva novela histórica en América Latina 1979-1992*, México, FCE, 1995.  
 PONS, María Cristina, *Memorias del olvido*, México, Siglo XXI, 1996.



Alfredo Zalce